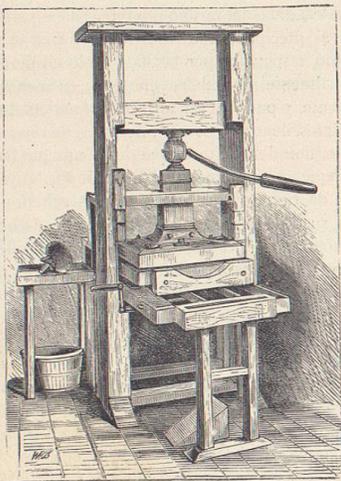


con los prisioneros libertados. Bouquet fué ascendido á general, «no obstante ser de origen extranjero,» y murió poco despues en Pansacola, en la Florida, á donde fué trasladado.

Estas campañas contra los indígenas ninguna influencia señalada tuvieron en la historia política de las colonias, y solo ofrecen material para ilustrarnos sobre las costumbres de la época, como por ejemplo, el fanatismo extremo de los cuáqueros, que para no faltar á su principio de no hacer armas contra sus semejantes, consentían que algunos centenares de salvajes devastaran, incendiaran y mataran á multitud de habitantes pacíficos, despues de recrearse en los dolores indecibles que les hacían sufrir los tormentos atroces que les aplicaban. Muchos oficiales ingleses, disgustados de tener que presenciar semejante estado de cosas con los brazos cruzados, pidieron su retiro, y el comandante general de las



Prensa de imprimir usada por Franklin

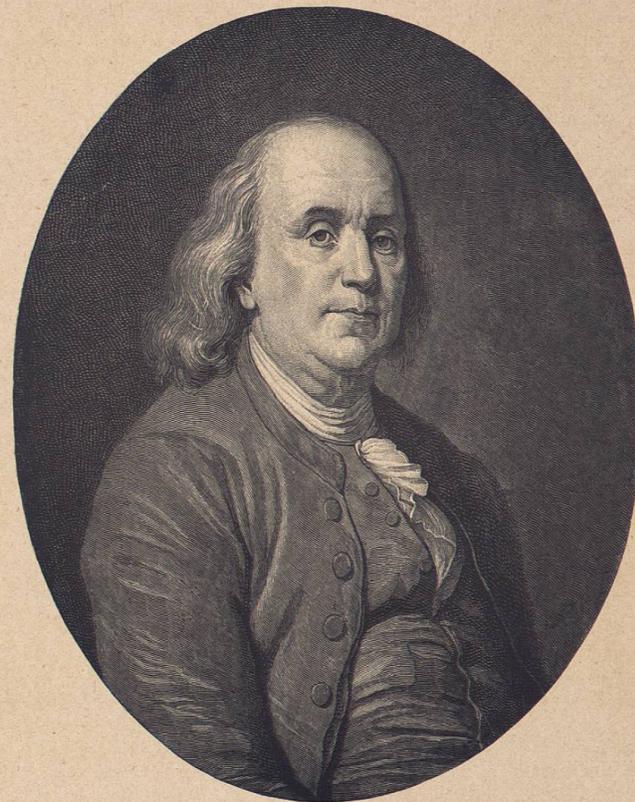
fuerzas, Amherst, en vista del ningún apoyo que le facilitaba el beatífico gobierno cuáquero de la colonia, imaginó los recursos mas estrambóticos para reducir á los salvajes y poner término á sus depredaciones y ferocidades. Así propuso á Bouquet, el jefe de las fuerzas acantonadas en aquella colonia, introducir entre los indios fronterizos mantas que habían servido á los atacados de viruelas, para diezmarlos por este medio. También hizo llevar de Inglaterra 50 jaurías de perros de presa. Los mismos colonos fronterizos formaron una cuadrilla, llamada *los chicos de Paxton*, para matar indios como fieras dañinas, porque no había ya paciencia humana que pudiera aguantar pacíficamente semejante estado de cosas. Los salvajes extendían ya sus sorpresas hasta las comarcas interiores mas pobladas, en una de cuyas poblaciones, atacada por ellos en mitad del día, y cuyos habitantes se defendieron como desesperados, no dejándolos penetrar en el interior, mataron al maestro y nueve niños, cuyos cadáveres se encontraron despues mutilados horriblemente antes de ser muertos por los salvajes, bajo las ruinas carbonizadas de la escuela incendiada, que estaba algo apartada de la población. *Los chicos de Paxton*, ciegos de ira, mataron en represalias unos cuantos indios pacíficos que vivían entre la población blanca, y la autoridad se vió obligada á poner en la cárcel de Conestoga á los restantes, en número de catorce, para su propia seguridad; pero *los chicos* forzaron la en-

trada del edificio, degollaron á los catorce inocentes, y no contentos con esta fechoría, se propusieron degollar también á los indios convertidos de las dos misiones, Nain y Wequetank, á quienes los hermanos moravos, especie de cuáqueros, habían establecido en el valle del Lehigh, despues que las hordas francesas é indias unidas les habían destruido, en el año 1755, otra mision llamada Guadenhütten. Para evitar esta nueva atrocidad, el director de las dos misiones amenazadas, Bernardo Grube, con 140 indios convertidos entre hombres, mujeres y niños, se trasladó á la mision llamada Nazaret; y como allí estuviesen también amenazados, el gobierno de la colonia los envió á Filadelfia. Poco faltó para que ni en la capital estuviesen seguros, porque una banda de 500 á 1,500 colonos, en su mayoría irlandeses y escoceses, tan furiosos contra los indios como contra los cuáqueros por su culpable longanimidad, quiso penetrar en Filadelfia para apoderarse de los indios cristianos refugiados allí, y solo retrocedió ante los cañones que los habitantes consternados colocaron á toda prisa en las murallas apuntándolos contra la numerosa turba. Entonces empuñaron las armas hasta los cuáqueros. Varios meses duraron la excitación y el peligro, hasta que los indios fueron trasladados á otra parte. Fugitivos siempre, sucumbió una tercera parte por efecto de una epidemia y el resto se estableció á orillas del Susquehana bajo la dirección de su pastor. Allí estuvieron en paz y su colonia prosperó.

No todos los cuáqueros aprobaron la conducta de los que permitían que se hundiese la colonia antes que emplear la fuerza de las armas, y menos la aprobó Benjamin Franklin, vecino también de Filadelfia y tipo del americano inglés, práctico y utilitario. En 1747 había organizado ya una lotería para con su producto, que subió á 150,000 pesetas, dotar la ciudad de Filadelfia de obras de defensa, y á sus esfuerzos se debió también la creación de una milicia de 120 compañías.

Benjamin Franklin nació el 17 de enero de 1706 en la isla del Gobernador, que forma parte de la ciudad de Boston, y era el 17.º hijo de un modesto fabricante de jabon inmigrado veinticuatro años antes en América. Repugnándole el oficio de jabonero, entró á los doce años de aprendiz en la casa de su hermano Jacobo, que tenía una imprenta en Boston. Allí Jacobo publicó, en 1721, un periódico, *The Boston Courant*, en el cual hacía la guerra á la mojigatería protestante; cosa que, disgustando á los reverendos pastores, le atrajo el castigo de un mes de cárcel, mientras su hermano Benjamin recibía una severa reprimenda. Este se trasladó poco despues á Filadelfia, donde la prensa gozaba de mas libertad. Puede llamarsele el padre de la prensa periódica en América, porque si bien se había fundado ya en 1701 un periódico en Boston, y en 1719 otro en la misma ciudad, y en el mismo año uno en Filadelfia, fué Benjamin Franklin quien popularizó y fomentó la prensa periódica con sus escritos y calendarios populares, que contribuyeron poderosamente á la separación de las colonias de la madre patria. En 1740 había once periódicos en las colonias inglesas de la América del Norte: uno en la Carolina del Sur, otro en la Virginia, otro en Nueva York, tres en Filadelfia y cinco en Boston.

En la asamblea ó parlamento de Filadelfia, cuya mayoría se componía de cuáqueros, Franklin consiguió hacer votar dos sumas, una para adquirir pan, harina, trigo y otros granos, y otra para la adquisición de una *máquina para fuegos*, dando á entender que quería decir una bomba de incendios; pero el gobernador, comprendiendo la idea de Franklin, una vez votados los fondos compró, bajo los nombres de *otros granos* y de *máquina para fuegos*, pólvora y un cañón. A Fran-



Benjamin Franklin

klin se debió la construcción de hospitales nuevos y la mejora de los viejos; él fué el primero que pidió que en la guerra se respetara la propiedad privada, que no se molestara al comercio y que se tratara a los prisioneros enemigos tan bien como a los soldados propios. Franklin fué integérrimo é incorruptible hasta la muerte (1).

Después de la última guerra intercolonial y de haber pacificado a los indios hasta donde era posible, ya empleando la fuerza de las armas, ya por otros medios, las colonias prosperaron rápidamente. La del Maine, tan castigada hasta entonces por las invasiones de enemigos feroces, vió nacer nuevos centros de población en todo su territorio, desde el río Penobscot hasta el Kennebec; en la desolada Acadia se establecieron colonos procedentes de las colonias de la Nueva Inglaterra, y hasta en las selvas de las riberas de los lagos de George y de Champlain, resonaba el hacha de los colonos que allí se construían nuevos hogares. La ciudad de Boston quedó hasta cierto punto estacionaria, mientras muchas otras, especialmente las marítimas, se ensancharon y recieron en importancia, porque en todo el Massachusetts, aunque no en la capital, la población había perdido su carácter adusto y fanático que ahuyentaba a los extranjeros, y en cambio habíase introducido cierta afición a las letras profanas, a las ciencias y a la vida social. En los centros de instrucción superior se aumentó el número de los matriculados; en Nueva York se estableció la primera facultad de medicina y toda la Pensilvania prometía ser la colonia más populosa. El historiador Hildreth (2) llama esta época la edad de oro de la Virginia, el Maryland y de las dos Carolinas, cuya población, producción y riqueza se aumentaron en una proporción nunca vista. Las dos Floridas, la oriental y la occidental, que el año 1763, por la paz de Fontainebleau, habían pasado a poder de Inglaterra, empezaron a poblarse y medraron más en diez años que habían medrado bajo el dominio español en un siglo. Razon tuvo el general francés Montcalm cuando escribió en una de sus comunicaciones a su gobierno: «Todas las colonias inglesas se hallan en estado floreciente; son populosas, ricas y tienen para satisfacer todas las necesidades de la vida. La Inglaterra ha estado muy torpe en permitir que se introduzcan las artes, la industria y el comercio en las colonias, porque así les ha permitido desembarazarse de las cadenas que las ligaban a la madre patria y hacerse independientes de ella. Tiempo hace que habrían sacudido también el yugo político y habrían cada una formado una pequeña república indepen-

diente, si el temor a los franceses no las hubiera detenido. Una vez amos en su país, preferirían sus compatriotas a los extraños, pero entretanto siguen el principio de obedecer lo menos posible. Aguarde Vd. a que hayan conquistado el Canadá y a que los canadienses y los colonos ingleses se hayan fundido en un solo pueblo, y verá cómo los americanos dejan de obedecer en el momento en que crean que la Inglaterra daña sus intereses. Y si se sublevan, ¿qué podrán temer?» Un viajero sueco, Pedro Kalm, que se hallaba en Nueva York doce años antes de la última guerra anglo-francesa, escribió en la interesante relación de su viaje: «Las colonias inglesas en esta parte del mundo se han aumentado tanto en población y riqueza, que quieren rivalizar con la Inglaterra europea; mas para sostener el poderío y el comercio de la metrópoli, esta les ha prohibido establecer manufacturas nuevas que podrían hacer la competencia a las inglesas; solo les es permitido explotar criaderos de oro y plata bajo la condición de remitir estos metales inmediatamente a Inglaterra. A excepción de algunas plazas señaladas, no pueden hacer comercio en ninguna otra parte con otros países fuera de Inglaterra; y a los extranjeros no les es permitido comerciar con estas colonias. Además de estas, existen todavía muchas otras limitaciones y prohibiciones. Todo esto ha hecho que las colonias sientan cada vez menos afecto a su madre patria, y esta frialdad se aumenta con el establecimiento en ellas de muchos extranjeros, holandeses, alemanes y franceses, que ningún apego tienen a Inglaterra. A todo esto se agregan aquellas personas que descontentas siempre, desean a cada paso variación; la prosperidad y la mucha libertad producen la soberbia. No solamente hijos de América sino emigrantes ingleses me han dicho sin rebozo que es muy fácil que las colonias inglesas de la América del Norte formen de aquí a treinta ó cincuenta años un Estado completamente independiente de Inglaterra.»

Tucker, el célebre diácono de Gloucester, dijo en el parlamento inglés antes de la guerra de la independencia de los Estados Unidos: «Demos la libertad a los americanos, ya que no podemos obligarlos a someterse. Nuestro único interés en América es el mercado para nuestras manufacturas, cuyo consumo no debemos a las leyes votadas en nuestro parlamento, sino a su baratura y buena calidad, a la superioridad de nuestra industria y de nuestro capital, superioridad que nadie nos disputará y a la cual sólo la guerra puede perjudicar. Sesenta millones ha costado la guerra motivada por el derecho de visita de los buques españoles y ningún resultado útil nos ha dado. Noventa millones ha costado la última guerra, y con ella hemos librado a los americanos de los ataques de los franceses poniéndolos en estado de negarnos ahora la obediencia. Que sigan el camino que mejor les plazca; y si no quieren participar de las cargas de nuestro imperio, que nos quiten también la carga de protegerlos.»

(1) Teodoro Parker: *Historie Americains*.

(2) Ricardo Hildreth, autor de la mejor historia de los Estados Unidos y de muchas otras obras apreciables. Su *History of the United States of America* (Nueva York, 1849-1862), es menos patriótica pero históricamente más correcta que la célebre obra de Bancroft.